

Pero experimentaba siempre cierto malestar delante de ella.

Hacia algún tiempo que creía verla febril, llena de extraños caprichos, riendo y entristeciéndose sin motivo.

Aquella indecisión le asustaba, pues le hacía adivinar en parte su lucha y su zozobra.

Vivía tranquilamente, con sus apetitos perfectamente satisfechos, y temía exponer el equilibrio de su vida casándose con una mujer tan nerviosa, cuyas pasiones violentas le habían arrastrado al crimen.

El primer choque que recibió, y le sacudió de su marasmo, fué el pensar que ya era preciso disponer su matrimonio con Teresa, pues hacía quince meses que había muerto Camilo.

Hubo un momento en que Lorenzo rechazó en absoluto aquel matrimonio, pensando en dejar plantada á Teresa y conservar á la modelo, cuyo amor complaciente y barato le bastaba.

Después se dijo que no podía haber matado á un hombre inútilmente; acordándose del crimen y de los esfuerzos desesperados que hizo por la posesión de aquella mujer, comprendió que el asesinato resultaría inútil y atroz si no se casaba con ella.

Arrojar un hombre al agua para robarle su viuda, esperar quince meses y decidirse al fin á vivir con una muchacha que arrastraba su cuerpo por todos los estudios de pintor, parecióle algo muy ridículo, que le hizo sonreír.

Por otra parte, ¿no estaba unido á Teresa por un lazo de sangre y de horror?

Sí; la sentía gritar y retorcerse alrededor de sí mismo: pertenecía á ella.

Temía á su cómplice, pues quizás si no se casaba iría ella misma á contárselo todo á la justicia en un arrebatado de vengativos celos.

Estas ideas se atropellaban en su cabeza y sentía calentura.

En este estado se hallaba cuando la modelo le

abandonó bruscamente. Sin duda había encontrado otro lecho más caliente y confortable.

Lorenzo se afligió un poco; sólo por la noche echó de menos á la mujer que dormía á su lado, y experimentó de súbito un vacío en su existencia.

Ocho días después sus nervios se rebelaron.

Comenzó nuevamente á pasar noches enteras en la tienda del pasaje, á mirar á Teresa con ojos en que resplandecían fulgores rápidos.

La joven, que salía estremecida de sus largas lecturas, languidecía y se abandonaba bajo aquellas miradas.

Así volvieron al deseo y á la angustia después de un año largo de aguardar indiferentes.

Una noche Lorenzo, al cerrar la tienda, detuvo un instante á Teresa en el pasaje.

—¿Quieres que vaya esta noche á tu cuarto?— preguntóle con voz ardiente.

La joven hizo un gesto de espanto.

—¡No, no! ¡Esperemos!...—dijo.—Seamos prudentes...

—Pareceme que hace mucho tiempo que espero— dijo Lorenzo.—Estoy cansado y te quiero.

Teresa le miró con locura, y el calor le abrasaba las manos y el rostro. Pareció vacilar, y en seguida con tono brusco, dijo:

—Casémonos, y seré tuya.

XVII

Lorenzo, con el espíritu en tensión y la carne excitada, salió del pasaje.

El consentimiento y á la vez el hálito caliente de Teresa acababan de provocar en él los acres apetitos de otros días.

Echó á andar por los muelles, con el sombrero en la mano, para recibir en pleno rostro todo el aire del cielo.

Cuando llegó á la calle Saint-Víctor, y á la puerta de su casa, tuvo miedo de subir y de hallarse solo. Terror pueril, inexplicable, imprevisto, que

Teresa Raquin—7.

le hizo temer que un muchacho estuviese oculto en su buhardilla... Jamás le había sucedido semejante cosa.

Y no intentó siquiera reponerse de aquel extraño estremecimiento: entró en una taberna, y allí permaneció más de una hora, hasta después de las doce, inmóvil y callado junto á la mesa, bebiendo maquinalmente grandes vasos de vino.

Pensaba en Teresa, se irritaba contra la joven por no haber querido recibirle aquella noche en su cuarto, y pensaba en que no hubiera tenido miedo con ella.

Cerraron la taberna, se quedó en la puerta un momento, y volvió á entrar para pedir cerillas.

El despacho del hotel donde vivía estaba en el primer piso, y Lorenzo tenía que recorrer un largo corredor y subir unos escalones, antes de coger su bujía. Esta escalera y aquel pasillo oscuros le espantaban.

Ordinariamente cruzaba sin escrúpulo aquellas tinieblas, y entonces ni siquiera se atrevía á llamar, y decíase que allí mismo, en cierto fondo negro que formaba la entrada de la cueva, había apostados asesinos para arrojarse á su cuello cuando pasase.

Tiró de la campanilla, encendió un fósforo y se decidió á lanzarse por el pasillo.

¡La cerilla se apagó!... Y quedóse inmóvil, palpitante, sin atreverse á huir, frotando cerillas en la parte húmeda, con una ansiedad que hacía temblar su mano.

Parecióle oír voces y ruidos delante de sí mismo, y las cerillas se despedazaban entre sus dedos.

Consiguió encender una que chisporroteó, empezó á arder su madera con una lentitud que hizo aumentar las angustias de Lorenzo, y á la claridad pálida y azulada de la llama, y entre los resplandores vacilantes que corrían creyó divisar formas monstruosas...

Después, la cerilla palideció, tornándose blanca y clara.

Lorenzo más confiado, avanzó con precaución,

teniendo cuidado de que no se le extinguiese la luz.

Cuando la fué necesario pasar por delante de la cueva arrimóse á la pared opuesta todo lo que pudo...

¡Había allí una masa sombría que le aterraba!

Llegó á su habitación, entró cerrando tras sí violentamente, y sus primeros cuidados fueron mirar debajo de su cama y examinar minuciosamente la habitación para ver si había alguien escondido.

Cerró la ventana del techo, pensando en que cualquiera podía entrar por allí fácilmente.

Luego, ya más sobre sí, se desnudó, y se asombró de su cobardía.

Acabó por sonreírse y por tratarse de niño.

Nunca fué miedoso y no podía explicarse aquella crisis de terror.

Se acostó.

Cuando sintió su cuerpo en el dulce calor de las sábanas, acordóse otra vez de Teresa, á quien había olvidado en el vértigo de sus terrores.

Sus ojos, obstinadamente cerrados, buscaban el sueño, y Lorenzo conocía, no obstante, que sus pensamientos trabajaban, se le imponían, se ligaban unos con otros, y le presentaban siempre las ventajas que había de lograr casándose á toda prisa.

De pronto se volvía del otro lado y se decía:

—¡Ea! ¡No pensemos ya más! ¡A dormir! Mañana tengo que levantarme á las ocho para ir á mi oficina...

Entonces hacía verdaderos esfuerzos para dormirse; pero las ideas le asaltaban de nuevo una tras otra; la labor de sus razonamientos volvía á empezar y hallábase bien pronto en una especie de sueño violento, insensato, que extendía en el fondo de su cerebro la necesidad de su matrimonio, y los argumentos que sus deseos y su prudencia le sugerían alternativamente en pro y en contra de la posesión de Teresa.

Entonces, comprendiendo que no podía dormir, y que el insomnio irritaba su carne, se echó cabeza

arriba, abrió los ojos cuanto pudo, y dejó á su cerebro llenarse del recuerdo de la joven.

El equilibrio estaba roto y la calentura de antes le abrasaba.

Tuvo la idea de levantarse, de volver al pasaje del Pont-Neuf.

Se haría abrir la reja, llamaría al postigo secreto y obligaría á Teresa á recibirle...

¡Al pensar de este modo la sangre le subía á la cabeza!

Su ensueño tenía una lucidez asombrosa.

Veíase ya en las calles, andando de prisa á lo largo de las casas, y se decía:

«Voy por el «bulevard» y atraveso para llegar más pronto.»

Después chirriaba la reja del pasaje, seguía la angosta galería, sombría y desierta, contento de llegar á casa de Teresa sin ser visto por la vendedora de joyas falsas; imaginábase después hallarse ya en el pasillo, en la obscura escalera por donde había pasado tan á menudo.

Allí sentía los placeres abrasadores de otro tiempo, y recordaba los terrores deliciosos y las voluptuosidades punzantes del adulterio...

Sus recuerdos adquirían una realidad que impresionaba sus sentidos; tocaba los muros, veía la sombra de la escalera; creía subir cada escalón, anhelante y con el oído atento; y llamaba discretamente á la puerta, la puerta se abría, y Teresa estaba allí esperándole, en chambra y enaguas, completamente blanca.

Estas ideas se desenvolvían ante él como un espectáculo real.

Con los ojos fijos en la sombra, veía.

Cuando recorridas las calles y subida la escalera creyó ver á Teresa, pálida y ardiente, exhaló un grito y saltó del lecho murmurando:

—¡Me espera, me espera! ¡Es preciso ir!

Este brusco movimiento destruyó la alucinación; sintió el frío del enladrillado y tuvo miedo.

Quedóse inmóvil; escuchando, con los pies des-

nudos, parecióle oír ruido de pasos en el rellano de la escalera.

Para ir á casa de Teresa tenía que pasar otra vez por delante de la cueva.

Este pensamiento le estremeció.

Embargóle de nuevo el terror, un terror estúpido y abrumador:

Miró con desconfianza su cuarto, y vió arrastrarse por él girones blanquecinos de claridad; subióse entonces al lecho suavemente, y haciéndose una bola escondióse lo más que pudo, como para librarse de un arma ó de un cuchillo, que le estuviera amenazando.

Agolpósele la sangre á la cabeza, que le ardía.

Puso en ella la mano, y sintió bajo sus dedos la cicatriz de la mordedura de Camilo.

Había casi olvidado esta mordedura, y se aterrorizó al encontrarla sobre la piel, pensando que le comía la carne.

Retiró vivamente la mano para no tocarla, pero siguió sintiéndola siempre allí, devorándole, agujereando su cuello.

Rascóse entonces con la punta de las uñas, y terrible escozor fué más intenso.

Para no arrancarse la piel, cerró las manos entre las rodillas: y rígido, irritado, permaneció inmóvil largo tiempo, mientras le castañeteaban los dientes.

Sus ideas se concentraron en Camilo.

Hasta entonces el ahogado no había turbado las noches de Lorenzo, y he aquí que el pensamiento de Teresa le llevaba el espectro de su marido.

El asesino no osaba abrir los ojos, temiendo descubrir su víctima en un rincón de la estancia.

Parecióle de pronto que su cama era sacudida extrañamente, é imaginóse que Camilo estaba oculto bajo el lecho y que era él quien lo movía, para hacerle caer y morderle.

Estremecido, con los cabellos erizados, agarróse al colchón, creyendo que las sacudidas eran cada vez más violentas.

Al cabo se percibió de que el lecho no se movía, y sintió en seguida la reacción.

Sentóse y encendió su bujía, tratándose de imbecil.

Bebió un vaso de agua para aplacar su fiebre.

—He hecho mal en beber tanto en la taberna... No sé que tengo esta noche. Esto es estúpido. Estaré rendido hoy en mi oficina. He debido dormirme en el acto, y no pensar tanto en estas cosas. Esto es lo que motiva mi insomnio... ¡Durmamos!

Apagó la luz y hundió la cabeza en la almohada un poco fresca, bien resuelto á no pensar y á no tener miedo.

La fatiga empezó á dilatar sus nervios: pero no se durmió con su sueño ordinario, pesado y profundo. Se deslizó lentamente en vaga somnolencia.

Estaba como amodorrado bajo un letargo dulce y voluptuoso.

Sentía dormir su cuerpo pero tenía la mente despierta en su carne muerta.

Recomenzaron sus ensueños.

Recorrió otra vez el camino que le separaba de la casa de Teresa; bajó la escalera, pasó corriendo por delante de la cueva, cruzó todas las calles y plazas que había recorrido antes cuando soñaba con los ojos abiertos, entró en el pasaje de Pont-Neuf, subió la escalerilla y arañó la puerta.

Pero en lugar de Teresa, en lugar de la joven en enaguas, desnudo el seno, toda blanca, Camilo fué quien le abrió.

Camilo tal como él le había visto en la Morgue, verdoso, atrozmente desfigurado.

El cadáver le tendía los brazos, riéndose con risa innoble y mostrando un pedazo de lengua negruzca entre la línea blanco mate de los dientes.

Lorenzo lanzó un grito y despertó sobresaltado, bañado en sudor frío.

Se cubrió los ojos con la colcha, insultándose irritado contra sí mismo.

Quiso dormirse de nuevo.

Logrólo como antes, lentamente; la misma postración se apoderó de él, y en cuanto el sueño le hubo

robado otra vez la voluntad, volvió á caminar hacia casa de Teresa, á donde le conducía su idea fija, y llamó y también aquella vez fué el ahogado quien le abrió la puerta.

El miserable, aterrado, se sentó.

Habría querido á toda costa rechazar su pesadilla implacable.

Anhelaba un sueño de plomo que aplastase sus pensamientos.

Mientras estaba despierto, tenía bastante energía para rechazar el fantasma de su víctima; pero desde que no era dueño de sí mismo, su espíritu le arrastraba al espanto al conducirlo á la voluptuosidad.

Procuró dormir todavía, y se sucedieron en él el letargo y el despertar bruscamente delirante.

Más de diez veces recorrió el mismo camino: siempre iba á ver á Teresa, con la carne ardorosa, y percibía las mismas sensaciones y realizaba los mismos actos con minuciosa exactitud; y también más de diez veces vió al ahogado ofrecerse á sus besos cuando el abría los brazos para enlazar y apretar á su querida.

Este mismo siniestro desenlace que cada vez le despertaba más anheloso y fuera de tino, no aplacaba su deseo le hacía olvidar el innoble cadáver que le aguardaba y corría de nuevo á buscar el cuerpo esbelto y caliente de una mujer.

Una sacudida, la última, fué tan violenta, tan dolorosa, que decidió levantarse y no luchar más. Estaba amaneciendo y un resplandor gris y melancólico entraba por la ventana del techo, que cortaba en el cielo un cuadro blanquecino, ceniciento.

Lorenzo se vistió muy despacio, con sorda irritación, exasperado de no haber dormido, de haberse dejado dominar de un temor que consideraba infantil.

Al ponerse el pantalón, se estiraba, se frotaba los miembros y se pasaba las manos por la cara abatida y ajada por una noche de calentura.

Y repetía:

—Si no debía haber pensado en todo eso, ha-

bría dormido y estaría ahora fresco y dispuesto... ¡Ah! ¡Si Teresa hubiese querido anoche, si hubiese dormido conmigo!...

La idea de que Teresa le hubiera librado del miedo ahuyetando sus pesadillas, le tranquilizó un poco.

En su interior, sin embargo, temía pasar otras noches parecidas á la que acababa de sufrir.

Mojóse la cara y se peinó.

Esta «toilette» elemental refrescó su cabeza y disipó sus postreros temores. Razonaba libremente y sólo sentía gran fatiga en todos sus miembros.

—Yo no soy cobarde—se decía, acabando de vestirse;—y apenas si me burlo de Camilo... Es absurdo creer que ese pobre diablo está debajo de mi cama. ¡Si acabaré por creer eso todas las noches!... Decididamente, es necesario que me case cuanto antes. Así que Teresa me estreche en sus brazos ya no pensaré en Camilo... Ella me besará en el cuello, y no sentiré más el atroz escozor que ahora sufro: Veamos esta mordedura.

Aproximóse al espejo, alargó el cuello y miró: la cicatriz era color de rosa pálida.

Lorenzo, al distinguir la huella de los dientes de su víctima, experimentó una emoción, la sangre le afluyó á la cabeza, y notó entonces un extraño fenómeno. La cicatriz enrojeció por la ola que subía á la cabeza y se volvió viva, sangrienta, toda roja, sobre el cuello gordo y blanco.

Al mismo tiempo Lorenzo volvió á sentir pinchazos agudos como si le hundiesen alfileres en la cicatriz. Apresuróse á levantar el cuello de su camisa.

—¡Bah!—exclamó.—Teresa curará esto... Algunos besos bastarán... ¡Qué imbécil soy pensando en estas cosas!

Se puso el sombrero y bajó.

Tenía deseos de tomar el fresco libremente y de andar.

Sonrióse al pasar delante de la cueva; con todo, se aseguró de la solidez del candado que cerraba

la puerta. Ya fuera echó á andar con paso lento por las aceras desiertas.

Eran apenas las cinco.

Lorenzo pasó un día terrible.

Tuvo que luchar con el sueño que le embargó al medio día en su oficina.

Su cabeza, pesada y torpe, se inclinaba á pesar suyo, levantándola bruscamente en cuanto oía los pasos de alguno de sus jefes.

Esta lucha, estas sacudidas acabaron de quebrantar sus miembros, causándole angustias intolerables.

Por la noche, á pesar de su cansancio, quiso ver á Teresa.

Encontróla calenturienta, rendida y fatigada como él.

—Nuestra pobre Teresa ha pasado mala noche—le dijo la señora Raquín cuando se hubo sentado.—Parece que ha tenido pesadillas, un insomnio terrible... La he oído gritar varias veces... Esta mañana se encontraba muy mal.

Mientras hablaba su tía, Teresa miró fijamente á Lorenzo.

Sin duda ambos adivinaronse mutuamente sus comunes terrores, porque un mismo estremecimiento nervioso recorrió sus rostros.

Permanecieron uno frente de otro hasta las diez, hablando de cosas baladís; pero comprendiéndose y comprometiéndose los dos con la mirada á apresurar el momento en que pudieran unirse contra el ahogado.

XVIII

También Teresa había sido visitada por el espectro de Camilo durante aquella noche de fiebre.

La proposición ardiente de Lorenzo pidiéndola una cita después de un año de indiferencia la había impresionado vivamente.

Bullía su carne cuando sola y acostada pensaba que el matrimonio debía verificarse pronto.

Entonces fué cuando en medio de las sacudidas del insomnio, había visto surgir al ahogado.

Como Lorenzo, ella se agitó entre el deseo y el terror; y como él, se había dicho que ya no tendría miedo, que no experimentaría tales sufrimientos cuando estuviese entre los brazos de su amante.

Al mismo tiempo experimentaron aquella mujer y aquel hombre una especie de desorden nervioso, que les volvía jadeantes y aterrados á sus terribles amores.

Habíase establecido entre ellos un parentesco de sangre y voluptuosidad.

Estremeciáanse con los mismos calofríos y sus corazones, unidos por una fraternidad punzante, sufrían iguales angustias.

Eran un solo cuerpo y una sola alma para padecer y para gozar.

Esta mancomunidad, esta compenetración mutua, es un hecho psicológico y fisiológico que se realiza con frecuencia entre seres que en virtud de grandes sacudidas nerviosas, son violentamente arrojados uno contra otro.

Durante más de un año Teresa y Lorenzo llevaron con facilidad, sujeta á sus cuerpos, la cadena que les unía; en el anonadamiento que sucedió á la crisis aguda del asesinato, en los disgustos y la necesidad de calma y de olvido que habían seguido, los dos forzados pudieron creer que estaban libres, que no les ligaba ya un lazo de hierro; la cadena, floja, reposaba en el suelo, y ellos descansaban bajo la influencia de una especie de feliz estupor, no se preocupaban del amor, y procuraban vivir en prudente equilibrio.

Pero el día en que, obligados por los acontecimientos, habían llegado á cambiar de nuevo palabras ardientes, la cadena se tendió con violencia, y se sintieron como nunca atados uno al otro.

Teresa desde el siguiente día puso manos á la obra, trabajando con disimulo para preparar su casamiento con Lorenzo.

Era, en verdad, tarea difícil, llena de peligros. Los dos amantes tenían cometer una impruden-

cia, despertar sospechas, mostrando bruscamēte el interés que tenían en la muerte de Camilo.

Comprendiendo que no podían hablar de matrimonio, acudieron á un plan ingenioso que consistía en hacerse ofrecer por la misma señora Raquín y sus convidados de los jueves, aquello mismo que no se atrevían á pedir.

Solo se trataba de sugerir á aquellas buenas gentes la idea de que Teresa volviēse á casarse, y sobre todo, de hacerles creer que tal idea había salido de ellos y les pertenecía por completo.

La comedia fué larga y de ejecución delicada.

Teresa y Lorenzo habían adoptado el papel que á cada cual convenía, y adelantaban con extremada prudencia, calculando el menor gesto, la menor palabra.

Vivían en realidad devorados por una impaciencia que roía y tendía sus nervios; vivían en continua irritación y les era precisa toda cobardía para afectar un talante risueño y apacible.

Si tenían prisa por acabar, era porque no podían permanecer más tiempo separados. El ahogado les visitaba todas las noches, y el insomnio les acostaba sobre un lecho de carbones encendidos y les retorcia las carnes con tenazas de fuego.

El estado de enervación en que vivían, activaba cada noche la fiebre de su sangre, extendiendo ante sus ojos atroces alucinaciones.

Teresa no se atrevía á subir á su habitación cuando había anochecido, y sufría terribles angustias cuando necesitaba encerrarse hasta la mañana en aquella gran habitación, que se llenaba de resplandores extraños y se poblaba de fantasmas en cuanto se extinguía la luz.

Acabó por dejar encendida la bujía para no dormirse y tener siempre bien abiertos los ojos; y cuando la fatiga cerraba sus párpados, veía á Camilo en la obscuridad y abría los ojos con sobresalto.

Por la mañana se arrastraba, rendida, destrozada, y sólo dormitaba algunas horas durante el día. Lorenzo se había convertido decididamente en

un cobarde desde la noche que tuvo miedo al pasar delante de la puerta de la cueva: antes vivía con brutal confianza.

Ahora al menor ruido temblaba y palidecía como un niño.

Un estremecimiento de terror había sacudido bruscamente sus miembros y no le había abandonado más.

De noche sufría mucho más que Teresa: el miedo, en aquel gran cuerpo flojo y pusilánime causábale profundos desgarros.

Veía desaparecer el día con crueles recelos.

Muchas veces no quería entrar en su casa, y pasaba noches enteras recorriendo las calles desiertas

Una vez estuvo hasta el día debajo de un puente, á causa de la lluvia, acurrucado, aterido de frío, sin atreverse á levantarse para subir al muelle; permaneció allí más de seis horas viendo correr el agua sucia entre la bruma blanquecina; en algunos instantes, el terror le hacía arrastrarse por la tierra húmeda; y parecíale ver pasar por el arco puente largas ristra de ahogados, que descendían llevados por la corriente.

Cuando el cansancio le conducía á su casa, encerrábase con dos vueltas de llave, y allí luchaba hasta que amanecía, en medio de terribles accesos de calentura.

La misma pesadilla le asediaba; creía pasar de los brazos ardientes y apasionados de Teresa á los fríos y viscosos de Camilo. Soñaba que su querida le sofocaba con un abrazo ardiente, y soñaba en seguida que el ahogado le oprimía contra su pecho descompuesto con un abrazo glacial. Estas sensaciones bruscas y alternadas de voluptuosidad y de repulsión; estos contactos sucesivos de carne inflamada de amor y de carne fría y ablandada por la putrefacción, le hacían temblar y estremecerse angustiosamente.

Día por día aumentaba el espanto de los amantes. Cada día les abrumaban y enloquecían las pesadillas. Confiaban tan sólo en sus besos para matar el insomnio. Por prudencia no se atrevían á darse

citas, y esperaban el día del matrimonio como un día de salvación seguido por una noche de ventura.

Así es que anhelaban su unión con el mismo afán que sentían de dormir un sueño tranquilo. Durante sus horas de indiferencia, titubeaban, olvidando cada cual las razones egoístas y apasionadas, que se habían como desvanecido después de haberles arrastrado al asesinato.

Inflamados de nuevo por la fiebre, hallaban en el fondo de su pasión y de su egoísmo aquellas primeras razones que les indujeron á matar á Camilo, para disfrutar en seguida de los placeres que, á su entender, les aseguraba un matrimonio legítimo.

Con todo, sólo con una desesperación inexplorable tomaban la resolución suprema de unirse públicamente.

En realidad tenían miedo.

Los deseos bullían.

Estaban, por decirlo así, inclinados el uno sobre el otro, como sobre un abismo cuyo horror les atraía; encorvábanse fuera de sí, sin fuerzas, en tanto que los vértigos de la pasión adormecían sus energías físicas y haciéndoles experimentar el desvanecimiento de la caída.

Pero en aquel momento, en su ansiedad y en sus deseos medrosos, sentían la imperiosa necesidad de cegar y de soñar un porvenir de felicidades amorosas y de placeres apacibles.

Cuanto más temblaban uno junto al otro, más adivinaban el horror de la sima á cuyo fondo iban á lanzarse, y más procuraban hacerse mutuas promesas de felicidad y exponer ante su vista los hechos invencibles que les conducían fatalmente al matrimonio.

Teresa deseaba casarse porque tenía miedo y porque su organismo requería violentas caricias de Lorenzo.

Estaba dominada por la crisis nerviosa que la enloquecía.

A decir verdad, apenas razonaba, se arrojaba en

la hoguera de la pasión con el espíritu dislocado por las novelas que acababa de leer, y con la carne irritada por los crueles insomnios que la tenían en perpetua vigilia desde hacía muchas semanas.

Lorenzo de temperamento menos vivo, aun cuando cedía á sus terrores y á sus deseos, se figuraba haber razonado su resolución.

Para convencerse de que su casamiento era necesario y de que iba, en fin, á ser completamente dichoso, y para disipar los vagos temores que le preocupaban, rehacía todos sus cálculos de otras veces.

Su padre, el aldeano de Jeufosse, estaba empeñado en no morir, y se decía que la herencia podría hacerse esperar mucho tiempo.

Hasta temía que aquella herencia se le escapara y fuese á manos de uno de sus primos, hombre bien templado, que labraba la tierra á gusto del viejo Lorenzo, y entonces quedaría pobre, viviría sin mujer, en un granero, durmiendo mal y comiendo peor todavía.

De otro modo, contaba no trabajar en toda su vida; comenzaba á aburrirle singularmente su escritorio, y la pequeña ocupación que le estaba confiada resultaba superior á su pereza.

La conclusión de sus reflexiones era siempre que la suprema felicidad consiste en no hacer nada.

Acordábase entonces de que había ahogado á Camilo para casarse con Teresa y no hacer nada en lo sucesivo.

Es verdad que el deseo de poseer él solo á la que amaba había contribuído mucho al pensamiento de su crimen; pero quizás había sido más bien impelido al asesinato por la esperanza de ponerse en lugar de Camilo, de hacerse cuidar como él, de gozar una beatitud continua.

Si sólo le hubiese impulsado la pasión no habría mostrado tanto temor y tanta prudencia: la verdad es que había tratado de asegurar por un asesinato la calma y la ociosidad de su vida y la satisfacción durable de sus apetitos.

Todos estos pensamientos declarados ó incons-

cientes, acudían á su imaginación, y él se repetía para animarse, que ya era tiempo de sacar el esparado provecho, de la muerte de Camilo.

Consideraba las ventajas y las felicidades de su futura existencia: abandonaría su despacho, viviría sumido en una pereza deliciosa, comería y bebería bien, dormiría su embriaguez, tendría siempre á su alcance una mujer apasionada que restablecería el equilibrio de su sangre y de sus nervios; muy pronto heredaría los cuarenta mil francos de la señora Raquín, puesto que la pobre anciana se iba acercando al sepulcro, y en fin, se crearía una vida de bestia dichosa y todo lo olvidaría.

A cada momento, una vez decidido su matrimonio con Teresa, decíase Lorenzo estas cosas.

Buscaba todavía otras ventajas y estaba muy contento de haber hallado un nuevo argumento fundado en su egoísmo, que le aconsejaba la unión con la viuda del ahogado.

Aunque se recreaba con tales esperanzas y pensando en su porvenir de pereza y de voluptuosidad, sentía siempre bruscos estremecimientos que le helaban la piel, y sufría á cada momento una ansiedad que ahogaba el placer en su garganta.

XIX

El trabajo sordo de Teresa y Lorenzo produjo sus naturales resultados.

Ella adoptó una actitud sombría y desesperada, que muy pronto inquietó á la señora Raquín.

La anciana dueña de la mercería quiso averiguar la causa de la tristeza de su sobrina, y entonces la joven desempeñó con gran habilidad su papel de viuda desconsolada: habló de fastidio, de desfallecimiento, de dolores nerviosos, vagamente, sin precisar nada; y cuando su tía la estrechaba con preguntas, contestábala que estaba buena, que ignoraba el motivo de su abatimiento y que lloraba sin saber por qué.

Y en su boca se sucedían los suspiros, las sonrisas